

## ESTRATEGIAS Y RAZONES DE LA RESISTENCIA A LOS MEGAPROYECTOS

Dadas las orientaciones y compromisos nacionales e internacionales de la actual administración, hay razones sobradas para que concentre sus megaproyectos en el Sureste. Esas mismas razones fundamentan la resistencia. Desde siempre se ha tratado esa región con la mentalidad colonial que considera el trópico como un área llena de riquezas naturales que los locales, atrasados e incultos, no saben aprovechar, por lo que tiene que ser una mano externa la que los explote, la que los haga valer. Me atrevo a decir que convertir esa mentalidad en guía de la acción es en la actualidad, más que nunca, un acto criminal y carente de realismo. Los “locales”, los pueblos que han vivido por milenios en esta región, demuestran continuamente que no sólo conocen como nadie su realidad natural, sino que saben cómo relacionarse con ella de una manera que puede ser vista como ejemplo y fuente de inspiración ante los desafíos que impone actualmente el colapso climático. Los “externos”, el conjunto de autores que conciben e implementan los megaproyectos, tienen hoy intenciones y capacidades que se definen por el despojo y la destrucción, no por la construcción de alternativas y modos viables de vida. Su paso por el Sureste no sería una oportunidad de renovación y prosperidad, para la región y para el país, sino la destrucción de la primera y la fragmentación y subordinación del segundo.

Resistir los megaproyectos es hoy cuestión de supervivencia.

Hace casi un cuarto de siglo, en junio de 1997, el ya desaparecido subcomandante Marcos escribió un texto muy conocido: “Siete piezas sueltas del rompecabezas mundial”, en el cual anticipó lúcidamente lo que ha estado pasando en estos años. Caracterizó la Cuarta Guerra Mundial que se libra desde entonces, con su cauda de desastres; analizó con precisión lo que sería la globalización neoliberal, que entonces tenía aún muchos entusiastas promotores, y mostró también la resistencia que surgía. “La aparente infalibilidad de la globalización”, señaló, “choca con la terca desobediencia de la realidad...El imperio de las bolsas financieras enfrenta la rebeldía de las bolsas de resistencia.” Resisten el "nuevo orden mundial" y al “crimen contra la humanidad que conlleva la guerra neoliberal. Al tratar de imponer su modelo económico, político, social y cultural, el neoliberalismo pretende subyugar a millones de seres, y deshacerse de todos aquellos que no tienen

lugar en su nuevo reparto del mundo. Pero resulta que estos "prescindibles" se rebelan y resisten contra el poder que quiere eliminarlos." Quienes además de sobrar "molestan al orden y el progreso mundiales, se rebelan, se organizan y luchan. Sabiéndose iguales y diferentes, los excluidos de la "modernidad" empiezan a tejer las resistencias en contra del proceso de destrucción / despoblamiento y reconstrucción / reordenamiento que lleva adelante, como guerra mundial, el neoliberalismo."

Dentro de este diagnóstico, el subcomandante Marcos puso como ejemplo el llamado "Programa de desarrollo integral del Istmo de Tehuantepec" y mencionó también el "Programa de Desarrollo Regional Sustentable para la Selva Lacandona", cuyo "objetivo real es poner a disposición del capital las tierras indígenas que, además de ser ricas en dignidad e historia, también lo son en petróleo y uranio." Según el subcomandante, "el resultado previsible de estos proyectos será, entre otros, la fragmentación de México (separando al sureste del resto del país). Además, y ya que de guerras hablamos, los proyectos tienen implicaciones contrainsurgentes."

En ese texto, el subcomandante recoge unas frases del Viejo Antonio, que pueden ser inspiración de las estrategias de resistencia ante los megaproyectos: "Si no puedes tener la razón y la fuerza, escoge siempre la razón y deja que el enemigo tenga la fuerza. En muchos combates puede la fuerza obtener la victoria, pero en la lucha toda solo la razón vence. El poderoso nunca podrá sacar razón de su fuerza, pero nosotros siempre podremos obtener fuerza de la razón".

### *EL USO COLONIAL DEL ISTMO*

Si bien los megaproyectos abarcan todo el Sureste y hay acciones en toda la región, el diseño principal conduce la operación desde Yucatán hasta Veracruz, hacia el Corredor Transístmico. Es útil poner los ojos en él al organizar la resistencia, sin abandonar estrategias para cada una de las áreas afectadas por los megaproyectos.

El Istmo no existe. Ni siquiera la definición geográfica logra alguna precisión sobre sus límites y fronteras históricas, económicas, sociales o culturales. Pero la palabra no sólo está cargada de contenido simbólico y de connotaciones. Alude también a numerosas realidades concretas, particularmente en el lado oaxaqueño. Hay comidas istmeñas. La ropa de las mujeres es inconfundible. Hay chistes istmeños. Si uno se fija bien, es posible descubrir que alguien es istmeño sin que lo diga. En los últimos 50 años el Istmo logró fama por su organización y capacidad de lucha social y política; se repite aún lo que se dijo de la región: no se le ve como un desafío a vencer sino como un obstáculo a domesticar. Ahí empezó el desmantelamiento del PRI.

Hay una historia del Istmo que tiene alta relevancia en la actualidad y muestra dos caras muy distintas.

Por una parte, llegó a las tierras feraces y diversas de la región, en las que habían proliferado todo género de especies vegetales y animales, una serie de pueblos que encontraron en ellas acomodo y asumieron responsabilidad sobre ellas. Los actuales pobladores de lo que llamamos el Istmo, que también se caracterizan por su diversidad, son claros herederos de esos pueblos antiguos, que estuvieron ahí desde hace siete o diez mil años. Hubo diversos procesos de reacomodo y múltiples formas de interacción, pero es posible reconocer hasta hoy diversas culturas que vienen de los primeros pueblos. También es posible reconocer las huellas de quienes llegaron para quedarse o de quienes vinieron y se fueron, así como de innumerables extranjeros, principalmente centroamericanos, que han quedado por ahí. Es una historia creativa y múltiple, en que muy distintos pueblos y culturas han mantenido relaciones complejas con tierras y aguas y han cumplido, de una u otra manera, la función de sus guardianes.

Por otra parte, actores externos han tendido sobre el Istmo una mirada muy distinta. Sin tomar mayormente en cuenta las condiciones de la región o de sus pobladores, han querido darle uso para fines e intereses ajenos. En la Cuarta Carta de Relación, Hernán Cortés señala que no ha de ser “empresa muy difícil ni de excesivo costo la comunicación de los dos mares de este Istmo”. Muestra cómo aprovechar los ríos o abrir un canal en cierto tramo y revela con precisión “el gran servicio que su majestad recibiría con esta obra”. Es una mirada que persiste hasta hoy. Guadalupe Victoria emitió en 1824 un decreto para construir la ruta de ferrocarril del Istmo de Tehuantepec. Santa Anna dio una concesión de 50 años para colonizar la ruta transístmica. En 1859, Benito Juárez dio a Estados Unidos derecho a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec mediante una vía férrea que se empezó a construir de inmediato. Como muchas otras ideas de don Benito, ésta se materializó con Porfirio Díaz, quien inauguró la vía en 1894. Encomendó a una empresa británica su remodelación y la de los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos y le tocó aún inaugurar el ferrocarril en 1907. La tradición se interrumpió con la Revolución, pero la retornaron Díaz Ordaz, Echeverría y López Portillo. El Istmo era uno de los ejes principales del Plan Puebla-Panamá de Fox. Ni Calderón ni Peña Nieto lograron grandes avances en los proyectos para el Istmo que también formularon. En todos estos casos, a lo largo de más de cinco siglos, territorios y pobladores del Istmo fueron sistemáticamente tratados como meros ingredientes de iniciativas que eran fundamentalmente ajenas a sus intereses y a sus sueños. Es el mismo principio colonial que se aplica hasta hoy y la amenaza es más grave que nunca. La constelación de fuerzas económicas y políticas que se ha formado para impulsar el actual diseño, del que obtendrían inmensos beneficios, parece decidida a arrasar con todo a su paso y tratará de vencer toda resistencia. Si bien encontrarán en el sureste grupos con larga tradición de lucha, decididos a luchar hasta el fin

por su supervivencia y por la defensa de sus territorios y modos de vida, será preciso que cuenten con aliados de muchas otras partes, que pueden compartir con ellos compromisos y empeños. Es una lucha que nos compromete a todos.

## **BASES DE LA ESTRATEGIA**

El punto de partida de la resistencia, su principal razón de ser, más allá de toda consideración circunstancial, es la afirmación digna de lo que los pueblos del Sureste son, han sido y quieren seguir siendo. No caerán ya en las ilusiones del desarrollo y el progreso, casadas con el *American Way of Life* desde que Truman hizo del subdesarrollo que inventó una clave central de la hegemonía norteamericana. Son ilusiones que aún contaminan sueños y prácticas de mucha gente, pero los pueblos no están dispuestos a dejar de ser lo que son. No se harán cómplices de una destrucción natural y cultural de inmensas consecuencias.

Hace 25 años, el 24 de agosto de 1997, un grupo amplísimo de representantes de los pueblos y de toda suerte de organizaciones gremiales, civiles y políticas se reunieron en el Foro Nacional “El Istmo es nuestro”. Su Declaración “En defensa del Istmo de Tehuantepec” es un documento histórico de inmenso valor, que establece con claridad las razones de la resistencia actual y perfila con claridad la estrategia.

La declaración cuestiona la consulta a los pueblos y a la población en general y subraya que los proyectos de desarrollo, lejos de beneficiarlos, han creado deterioro y daños en su vida y en su entorno. Consideran que el proyecto atenta contra la soberanía nacional y no corresponden al equilibrio en el entorno ambiental y la realidad social de la región. Al rechazarlo, no sólo exigen consulta eficaz y respetuosa sino normas que prohíban “obras y proyectos que atenten contra la soberanía, el territorio, los derechos constitucionales, la extinción de los recursos naturales...y el desplazamiento de la población”. Apelan a diversas normas nacionales e internacionales y hacen un llamado a formar un amplio frente de todos los sectores de la sociedad, para defender la soberanía nacional y el derecho de los pueblos a seguir su propio camino. Convocan al pueblo entero a mostrar solidaridad con los pueblos istmeños.

El 24 de mayo de ese mismo año, 1997, Ana Esther Ceceña publicó “El Istmo de Tehuantepec: frontera de la soberanía nacional”, un artículo que traza desde entonces razones y condiciones de la estrategia de resistencia. Subraya ante todo que el sureste forma parte de la franja de mayor riqueza biológica del planeta y es área prioritaria para la conservación y desarrollo de la vida en la Tierra. Es uno de los tres bancos fundamentales de información genética del mundo. Tras analizar las riquezas del Sureste y las características de los proyectos que

forman todo el plan, Ana Esther advierte que con el proyecto “México quedará separado en dos partes”. Con él se produciría la balcanización que supuestamente molesta al gobierno.

La soberanía nacional se encuentra cada vez más en entredicho, por la medida en que los representantes de quien la detenta, el pueblo, han quedado al servicio de fuerzas e intereses que le son ajenos. Pero no es posible dejar de lado el peligro real que representa un corredor que cortaría en dos el país y quedaría inevitablemente en manos de corporaciones e intereses comerciales, respaldados por sus gobiernos. No es una exageración irónica de Ana Esther preguntar al final de su artículo si una vez que se realice el megaproyecto chiapanecos, tabasqueños o campechanos requerirían permiso de tránsito para llegar a la capital del país – el cual, finalmente, habría dejado de ser suyo. Tanto ella como quienes suscribieron la Declaración “En defensa del Istmo de Tehuantepec” en 1997 están señalando los fundamentos de la estrategia de la resistencia al megaproyecto: la afirmación de los innumerables pueblos que han hecho suyo el Sureste desde tiempo inmemorial y que son hasta hoy sus guardianes, así como una defensa digna de sus territorios que es también defensa del país al que quieren seguir perteneciendo.

### **LA RESISTENCIA ACTUAL**

En el mes de junio tuvieron lugar en el Istmo dos eventos que simbolizan muy adecuadamente la actitud actual que viene de los pueblos.

Los días 19 y 20 de junio pasados se reunieron en la comunidad binnizá Puente Madera, de San Blas Atempa, numerosas comunidades indígenas oaxaqueñas y organizaciones, centros de derechos humanos y colectivos de Oaxaca, Veracruz, Puebla, Morelos, Jalisco, Chiapas y Ciudad de México, en el “Encuentro por la Vida: El Istmo es Nuestro”. Tomo algunos fragmentos de su declaratoria.

Se reunieron para denunciar el Corredor Interoceánico como un proyecto de despojo, para analizar ese embate del sistema capitalista patriarcal y para fortalecer las luchas de resistencia de los pueblos del Istmo y de todo México contra el megaproyecto.

Denunciaron los elementos principales del megaproyecto, que buscaría insertar a la región en la relación de producción, circulación y consumo de la naturaleza, energía fósil y mano de obra barata al servicio del capital internacional. Denunciaron que la actual administración justifica la entrega de este territorio mediante una serie de consultas indígenas llevadas a cabo como meros procesos burocráticos y simulatorios, violando y pisoteando el derecho a la libre autodeterminación de los pueblos indígenas.

Después de presentar en detalle sus denuncias y exigencias, la declaratoria señaló: “Acordamos seguir en el proceso de articulación entre los diferentes pueblos que somos y las diversas organizaciones sociales y territorialidades, para demostrar que la solidaridad entre quienes defendemos la vida no es palabra escrita solamente, así seguiremos llamando a la organización y defensa del territorio. Como pueblos, nuestrxs abuelxs nos enseñaron a luchar y a defender el mar, el viento y el territorio. Por lo tanto: “Somos conscientes de que existe una guerra entre el sistema y la naturaleza, esa confrontación no admite matices ni cobardías. O se está con el sistema o con la naturaleza. O con la muerte o con la vida”. Rechazamos el corredor interoceánico y todos los megaproyectos impulsados por el capital internacional y el gobierno de la cuarta transformación.

Los días 25 y 26 de junio se realizó el taller “El Istmo que queremos” en Mono Mazatán, territorio chontal del Istmo de Tehuantepec. Lo organizó la Asamblea de los Pueblos del Istmo en Resistencia, formada por asambleas de numerosos pueblos indígenas y organizaciones de la sociedad civil. Al terminar, emitieron un pronunciamiento en que manifestaron su decisión de constituir alianzas para defender sus territorios, afirmando su esencia comunal. Consideraron que los megaproyectos son parte de un proyecto neoliberal en crisis, y que el gobierno mexicano no puede oponerse a los intereses de las corporaciones transnacionales que lo imponen. Denunciaron la alianza entre instituciones internacionales como el Banco Mundial, las corporaciones privadas y los gobiernos para imponer esos proyectos, que sólo pueden resistirse con la alianza de las asambleas y los pueblos. Señalaron, en particular, que “las mujeres de nuestros pueblos en resistencia concebimos y hemos sido responsables del cuidado de la vida, y junto con esto de nuestras raíces culturales profundas, de la transmisión de nuestra lengua originaria, de nuestros vestidos, de nuestros alimentos, el maíz, nuestras casas y plantas, el cuidado de nuestros hijos, el cuidado de nuestros mares y ríos, históricamente hemos persuadido a todos, todas, todas, de la importancia y necesidad de luchar y permanecer en resistencia sin confiar en los malos gobiernos y en sus intentos de corromper a comunidades completas. Hacemos un llamado como mujeres que somos a rebelarnos contra la violencia de género imperante y contra el sistema patriarcal hegemónico que pretende mantener este modelo de sometimiento a nuestros pueblos y comunidades.”

Expresaron su total rechazo a todos los megaproyectos y alertaron a comunidades y pueblos a que se mantengan alertas y nieguen el paso a las consultas amañadas que legitiman el despojo, realizando en cambio las asambleas en que se expresa la auténtica voluntad de los pueblos.

El 1º de septiembre pasado, la Asamblea de Defensores del Territorio Maya Muuch' Xiinbal reivindicó en un comunicado público la defensa legal de los territorios de los pueblos. Afirmó que seguirán exigiendo la

cancelación de un proyecto “mal concebido, mal diseñado, mal ejecutado (técnica, política y socialmente), corrupto y que está dividiendo y destruyendo kilómetro a kilómetro a un pueblo indígena que lucha con legalidad y toda la legitimidad del mundo por defender su identidad y su dignidad”.

## **LA ESTRATEGIA**

Como hemos escuchado el día de ayer y los eventos que acabo de mencionar demuestran, los pueblos están de pie. En todo el Sureste se oyen voces y se realizan movilizaciones que preparan la resistencia. Han apelado a los más diversos procedimientos jurídicos, aunque saben de sus limitaciones, y han preparado todos los dispositivos que conocen bien para luchar por lo suyo.

Se necesita todo. Desde hace un par de años los pueblos asentados en lo que llamamos el Istmo decidieron dar un paso más, distinto a las luchas que han librado hasta ahora. Empieza a haber ejercicios semejantes en otras regiones del sureste.

El lema “El Istmo es nuestro” expresó desde 1997 una actitud legítima y valiente que se renueva todos los días y manifiesta con firmeza el rechazo al Corredor. Al mismo tiempo, desde hace dos años comunidades y pueblos observaron que se ponía en marcha y constituía ya obsesión del presidente y de quienes harán fortuna con el proyecto. Lo que más les preocupaba era que muchas personas en el Istmo estaban ya a favor del Corredor, por diversas razones o ilusiones, y empezaban a pelearse con quienes se oponían. Empezaron a preguntarse si no sería posible imaginar una manera de hacer las cosas que atendiera las diversas posiciones manteniendo la armonía entre los pueblos y el respeto a la Madre Tierra. Así nació “El Istmo que queremos”. A finales de 2019 se publicó un libro con ese nombre que recogía los planteamientos recogidos entre diversos grupos y tenía el propósito de continuar la discusión. A pesar de la pandemia prosiguió la exploración y en el último año se intensificó.

Ha surgido ya una propuesta. Se trata, nada menos, de montar la estrategia de resistencia en un plan común tejido desde abajo, por los propios pueblos y comunidades, por los gremios, por hombres, mujeres, otros y niños y niñas de toda la región. Hay plena conciencia de la heterogeneidad radical de la realidad natural istmeña, sólo comparable a la de quienes viven ahí. Hay también conciencia de la creciente polarización, que llega ya a expresiones de violencia, entre quienes se oponen al megaproyecto y quienes están a favor de él. Se trata de encontrar vías comunes y formas de mantener la armonía: que se atiendan las reivindicaciones de quienes lo apoyan, como los que quieren empleos, servicios e infraestructura, pero también se enriquezcan los modos de vida tradicionales y se respete la subsistencia comunalmente determinada.

Esta región fue mar hace millones de años. Por tanto, operaba como una barrera, una frontera, entre dos continentes: la América del norte y la del sur. Se hizo más tarde puente entre ellos, facilitando la migración de plantas y animales. Finalmente, en las glaciaciones, se convirtió en isla cálida, en refugio apropiado. Esta historia puede emplearse para aludir al potencial de la región, es su carácter de frontera, conexión y refugio. Es conexión entre pueblos y mares, morada de culturas y comunidades y barrera ante la modernidad avasallante. He tomado esta imagen del texto que así presenta lo que se busca con el plan común que se está elaborando: ha de cumplir esas cualidades de contención, intercambio y cobijo. En el propio documento se advierte que debe tomarse en cuenta que tanto el gobierno como los capitales han estado también considerando esa triple condición, desde sus propios intereses: usarían el Istmo como barrera para contener a los migrantes centroamericanos en ruta hacia Estados Unidos; lo usarían como puente comercial entre Europa y Asia que puede llegar a desplazar al Canal de Panamá; y lo harían cobijo de un cúmulo de grandes y jugosos negocios a costa de pueblos empobrecidos por el despojo. Aunque hasta ahora esta visión parece haber predominado, se prepara ya el vuelco, a medida que comunidades, organizaciones y microrregiones se concertan, en su interior y entre sí, para formular un conjunto de planes y proyectos que puedan armonizarse.

El plan se forma con cuatro elementos que definen su calidad. Buena información, pertinente e integral, ofreciendo una imagen clara de lo que ahí está. A partir de ahí, un adecuado proceso de concertación, en que todos los actores puedan dialogar e intercambiar sus puntos de vista, con posiciones claras. En seguida, hacerse de herramientas apropiadas, instrumentos técnicos socialmente justos y ambientalmente sustentables para asuntos concretos: comer, sanar, hablar, disfrutar, aprender, dialogar con la naturaleza... Finalmente está la voz, que no es sólo poner al alcance de todas las personas la información pertinente, sino también crear las oportunidades para que todas participen en el diseño, aprobación y puesta en marcha del plan común.

El planteamiento del plan reconoce con nitidez los procesos críticos que deben ser tomados en cuenta: los riesgos sociales y ambientales del megaproyecto; los desequilibrios del ciclo del agua; la erosión de suelos y culturas por los cambios en el uso del suelo; los inmensos impactos, en todos los órdenes, de la irrupción urbano-industrial; las crisis de comida y de saberes; los efectos de la migración y la intensificación continua de la violencia.

Tejer el plan exige un cambio sustancial de las maneras de pensar. Es indispensable tomar en cuenta que los enfoques convencionales, que dominan entre las élites, con sus obsesiones de lucro y de control, su indiferencia ante los daños que causa su acción, han contaminado también actitudes y convicciones de muchas personas, a pesar de que estén arraigadas en contextos enteramente distintos y padezcan las consecuencias de esos

enfoques, sin poder aprovecharlos. De ahí la importancia de intercambiar información apropiada y pertinente, involucrarse en diálogos profundos y abrirse seriamente a la concertación, con plena conciencia de que no se trata de buscar unanimidades y consensos bajo supuestos homogéneos, sino acuerdos que reconozcan la diversidad.

Las palabras 'desarrollo' y 'progreso' circulan aún, así sea como palabras amiba que ya nada significan. Hay todavía personas que aceptan políticas, acciones y proyectos porque tienen ese empaque y porque piensan que de una manera u otra se traducirán en beneficios reales. Pero existe ya otra conciencia. En una de las entrevistas del plan, Juan Carlos Sánchez comentó: "El horizonte es revertir o destruir los ideales de progreso y desarrollo en los que hemos estado entrapados y rehabilitar la vida comunitaria y la conexión con la Madre Tierra. Revalorar lo comunitario, revitalizar la Tierra y revitalizarnos. Reconectarnos con lo concreto. Es un tema clave en la agenda mundial."

Largas conversaciones y discusiones intensas a lo largo de los últimos dos años, para concebir el plan, llevaron a expresar la orientación de la estrategia en una metáfora de la tradición budista. Al encontrarse con un tigre, existen tres opciones. Alejarse o hacer que se vaya, la primera. Neutralizarlo y meterlo en una jaula, la segunda. La tercera es montarlo. Al pensar ahora el plan, se afirma con sensatez que la primera opción es imposible: no pueden ni quieren irse quienes están en el Istmo y no parece haber forma práctica de hacer que el tigre se vaya, aunque todavía hay grupos que piensan que la resistencia social y acciones contundentes podrían aún matar al tigre, cancelar el megaproyecto. La segunda opción, enjaular al tigre, limitar su peligrosidad, limar sus garras y colmillos, no parece viable. Supondría domesticar a las fuerzas del mercado y del Estado involucradas en el Corredor, estableciendo estrictas salvaguardas ambientales y garantizando el respeto a sistemas normativos tradicionales y derechos agrarios, todo lo cual debe intentarse y se está intentando, pero con conciencia clara de que no podrá llegar muy lejos. La opción más difícil y complicada es sin duda la de montar al tigre. Está llena de riesgos. Sin embargo, hay una corriente vigorosa que parece decidida a explorarla. Está tratando de crear las condiciones que permitan la apropiación social de elementos clave del proyecto a la escala adecuada, a la escala de la propia gente, a fin de que las propias comunidades istmeñas tomen en sus manos esos elementos y los conviertan en instrumentos adecuados para el buen convivir. Parece una proeza, acaso imposible. Sin embargo, hay una larga tradición oaxaqueña en esa capacidad de montar el tigre, como los casos de la producción de café o la explotación forestal.

Al optar por esta tercera opción, quienes están elaborando el plan empiezan por considerar un hecho simple: *el tigre ya está en el Istmo y se va a quedar ahí*. Muchas obras del megaproyecto ya están en marcha y muchas personas creen que el animal no es en realidad tan fiero y hasta les gusta su pinta de modernidad y progreso. Además, las fuerzas económicas y políticas planetarias que impulsaron la llegada de este tigre están por completo fuera del alcance de la gente. De hecho, están también más allá de las capacidades y fuerzas de la administración federal que lo promueve, que parece haberse lanzado a él con plena irresponsabilidad o por la creencia dogmática en su propio discurso, que parece aún creer, carente de todo realismo, que puede haber desarrollo y capitalismo socialmente justos y ambientalmente sensatos. Parece que el camino que están adoptando quienes impulsan el plan no abandonan objeciones y resistencias al megaproyecto y a otras políticas y acciones del gobierno y las corporaciones, ahuyentando o cercando al tigre siempre que es posible, pero al mismo tiempo construyen elementos que pueden ir por el camino de la regeneración y la vida hacia el Istmo que queremos, como se llama ya el plan. En el camino de construcción del plan, Perseida Tenorio lo dijo con claridad: “Mi sueño para el Istmo sería que recuperáramos la asamblea, para organizarnos al interior de cada comunidad y con otras. Que se haga hábito el agradecer a la tierra, a los ríos y a los abuelos. Que fuéramos capaces de alimentarnos con lo nuestro y de ser felices en nuestra tierra, redignificando la labor campesina. No dejemos de soñar. No apaguemos el fueguito del corazón.”

La resistencia está cundiendo y avanzan todos los días preparativos y acciones directas. Mencioné ya los complejos eventos de junio pasado, cuando un gran número de colectivos y comunidades se reunieron a definir posiciones. Los pueblos saben moverse en la contradicción, entre lo deseable y lo posible. Están decididos a mantener una resistencia vertical al megaproyecto, como muestran todos los días en declaraciones y manifiestos y se expresan en como las del lema El Istmo es nuestro. Al mismo tiempo, impulsan mesas con las autoridades para protegerse de sus elementos más peligrosos, en lo que sería una forma de domar al tigre. Y parecen decididos a emplear todos los instrumentos legales y administrativos a su alcance para oponerse al megaproyecto o estorbarlo, al tiempo que se enfocan a sus propias iniciativas. Tienen la capacidad y la imaginación para convertir algunos instrumentos diseñados arriba y de lejos en herramientas propias al servicio de la vida. A pesar de sus sesgos y limitaciones, programas diseñados por el gobierno del estado, por la presión de investigadores y activistas, como el Programa de Ordenamiento Ecológico Regional del Territorio del Estado de Oaxaca, la Estrategia de Conservación y Uso Sustentable Biodiversidad del Estado de Oaxaca, y el Programa Estatal de Cambio Climático 2016-2022, pueden convertirse en herramientas para domar o al menos acotar al tigre. Ciertos

programas federales han sido usados extensamente por diversas comunidades oaxaqueñas para reforzar sus esfuerzos autónomos de protección ecológica. Muchas comunidades han logrado blindar sus territorios ante impactos muy destructivos. El principio de muchas de sus iniciativas es simple: las autoridades locales tienen el derecho, por la vía de negar autorizaciones de cambio de uso del suelo, por ejemplo, para frenar acciones y proyectos indeseados, y la solidaridad local puede irse ampliando territorialmente. Blindar los territorios no es algo sencillo: suele faltar información apropiada, las autoridades locales pueden ser cooptadas, y las luchas locales contra grandes intereses económicos y políticos son desiguales. Pero se puede y se está haciendo, tanto en el Istmo como en otros lugares de Oaxaca. El control local puede y debe ampliarse a otros temas, como el *fracking*, los transgénicos, la comida chatarra y hasta los partidos políticos.

Tomar las riendas de nuestras vidas, poner orden en nuestra propia casa sería, sin duda, la base inicial del plan común que se teje cada día en el Istmo.

Quienes han estado elaborando ese plan y lo presentarán en unos días en sus territorios, como instrumento de defensa y de lucha, están conscientes de sus limitaciones. Abrigan la esperanza de que se convierta en un instrumento de lucha vivo y actuante, que sea sólo el primer paso de un largo proceso muy diversificado. Quizá logre inspirar a muy diversas personas, que lo empezarán a usar para ponerse de acuerdo en luchas específicas, localizadas, a fin de enfrentar desafíos que les conciernen directamente. Algunos grupos y organizaciones podrían hacerlo suyo, como punto de partida para una negociación puntual con algunas autoridades o entre comunidades, para encaminar un asunto de agua, de tierras o de alguna obra o acción gubernamental que afecte a las comunidades. Podría llegar a integrarse una alianza que conduzca a una negociación más amplia, quizá forzada por movilizaciones apropiadas.

Debe tenerse presente que no cabe esperar mayor cosa de las esferas gubernamentales o corporativas. El presidente ha convertido el Corredor y otros megaproyectos asociados con él en la principal acción de su gobierno, para que el país pueda entrar por una puerta más o menos grande al juego de la economía globalizada, la que sigue destruyendo el planeta y el tejido social. Afirma, y acaso cree realmente, que eso traerá algo muy extraño, que sigue llamando 'desarrollo', para todo el sureste. Tanto él como sus funcionarios y las corporaciones que esperan obtener grandes beneficios con el proyecto parecen decididos a llevarlo a término, a pesar de la creciente oposición y de la información que muestra los inmensos danos ambientales y sociales que traería. Sin embargo, podría darse el caso de que ciertos funcionarios públicos o privados descubrieran la utilidad de sentarse a negociar para sustituir este diseño. A pesar de su antigüedad ha sido concebido con precipitación.

Podría empezarse a trabajar en un auténtico plan, concebido con quienes serían los beneficiarios de algunos aspectos de lo que se prevé o que sufrirían las consecuencias de otros aspectos. En vez de estar actuando a contrapelo, contra creciente resistencia, e incurrir en los costos económicos y políticos de actuar contra la voluntad de mucha gente, podrían trabajar junto a ella en una concepción alternativa como la que están trazando quienes conciben el plan común.

Incluso si esto no se diera y en las elites no surgiera ningún interlocutor, como es infortunadamente previsible, la gente del Istmo podría animarse a construir planes desde abajo, a escala comunal y regional, que poco a poco se enlazaran entre sí y así articularan el plan cuyos términos se han esbozado ya, a partir de conversaciones y exploraciones de dos años.

Esa es, en todo caso, la estrategia de resistencia que hoy puede sentirse en el Istmo y que corresponde muy claramente a lo que se piensa en otras partes del sureste. Oponerse frontalmente, negociar aspectos concretos y transformar otros en iniciativas propias no es una contradicción insoportable o falta de coherencia. Es una tradición de los pueblos, que no están dispuestos a renunciar a sus sueños. Cuando hace falta, empeñan incluso la vida en la defensa intransigente de lo propio, en la afirmación de lo que es innegociable. Pueden, al mismo tiempo, sentarse con quien sea para concertar compromisos que impongan a las comunidades el menor daño posible. Y pueden, finalmente, dormir con el enemigo, cuando han logrado darle a ciertas acciones y proyectos la forma que la gente quiere, la que define su sentir, la que es expresión de su dignidad.

## NOTA COMPLEMENTARIA

A pesar de todo el tiempo que consumí, parece que no logré decir lo que quería. Trataré ahora de precisarlo. Lo primero y más importante es lo que dijo Ángel: el camino está abajo, lo que hace falta es fortalecer el camino comunal. Ese es el centro de la estrategia de resistencia.

Además, sin perder piso, bien enraizados en nuestros lugares, necesitamos levantar la mirada. Por lo general, quienes luchan por resistir y defender su tierra y territorio o cualquier otra cosa, no piensan en la región, en el Istmo o en el sureste. Es preciso hacerlo ahora e incluso ir más allá, hacia el país y hasta las escalas globales. Se trata de tomar en cuenta ese horizonte en la lucha.

Bien enraizados y con esa mirada, necesitamos tejernos con otros colectivos, comunidades y organizaciones para tejer con ellos un plan propio que articule nuestras acciones.

Si logramos todo eso, es posible plantearse seriamente la posibilidad de matar al tigre, si lo asociamos con el megaproyecto tal como fue concebido o planteado por las autoridades. Por los obstáculos que está encontrando, que hacen imposible realizarlo en sus términos originales, y por nuestra acción, ese tigre puede ser liquidado. Pero es condición para que eso ocurra que reconozcamos que será imposible 'matar' todos los elementos y aspectos del proyecto, algunos de los cuales pueden ser objeto de concertación y acuerdo.

Podemos hacer la analogía con el turismo. Pocas cosas han sido tan dañinas y perturbadoras como el turismo, pero es claro que no puede matarse ese tigre, cancelar por completo el turismo. Podemos impedir muchos proyectos turísticos, como se ha hecho ya y seguimos haciendo, pero a condición de aceptar que el turismo mismo prosiga y puedan concertarse algunas acciones.